

tarle cómo está, y al de los *dramas sangrientos* que si ha tomado el tinte de sus publicaciones parecerá un frasco de zarzaparrilla, y á un editor que se llamaba en el mundo.....

—Como.....

—¡Ah! sí.... Manini.... Pues bien: le preguntaré al Sr. de Manini qué tal salió de la publicación del *Quijote* y de su *Colon*; que se ha hecho como quien toma un billete para Carabanchel y se marcha á San Petersburgo....

—No te entiendo muy bien.

—Pues es sencillo.... Lamartine escribió un folleto, un tomito sobre la vida de *Cristóbal Colon*; pero Manini se dijo: —«Lamartine es muy complaciente y un guapo chico, y no se enfadará porque yo, una vez de acuerdo con mi almohada, que ya es voto en la materia, le alargue una página, y de la página haga un tomo, y del tomo dos, y de los dos cuatro, y así sucesivamente hasta que Lamartine me avise, ó el traductor se agote, ó el público me diga: *vuelvo*» Pero el Sr. Manini, que no está mal nene, ni es rana para esta clase de negocios, dirá: «El público es muy *monono*, y si lo llama *Manini*, como si fuera un *minino*, volverá *manana*» y en esta persuasión nos endilga una tras de otra novelas, y mas novelas á *cuarto*, lo cual es dar á esta clase de producciones el valor de *El Piston de Estrada*.

—Pues bien, dijo mi amigo, eso es difícil.

—¿Que?

—Que veas al Sr. Manini....

—¿Por qué?

—Porque no sé dónde está.

—Pues qué, ¿no sigue publicando?....

—¡Ah! no.

—Explicáte.

—Manini no ha podido alargar su vida como el *Colon*, que á ser así, aún lo tendrían en el mundo los que vivan.

—¿Y dónde está?

—Mi amigo no me contestó, y condolido de no poder estrechar entre mis brazos al *puntillero* de la novela española, me sumergí en una meditación, que no tengo necesidad de decir si fué profunda....

El portero del purgatorio se desdició un momento: los autores que estaban allí purgando *faltas de sentido común* se retiraron al *comedor*; y mi amigo N y yo salimos sigilosamente por la puerta falsa, y tomamos paso tras paso el camino del infierno.

Llamamos, y al ver un rostro que no nos era desconocido, digimos:

—El Sr. Luzbel, ¿no está en casa?

—No señor; ¡el amo se ha visto precisado á ceder la *empresa* por un año!

—Y á quién, ¡vive Dios! ¡porque esto es raro!

—¡Al *empresario universal*!

Pasamos adelante, y encontramos salon de baile, casa de locos, inclusa, teatro, máscaras, circo gallístico; en fin, todo, todo de la misma manera que lo habíamos visto en Madrid en 1868.

Gastambide, que conservaba la costumbre de mirar por encima del hombro á todo el mundo, estaba empeñado en poner en escena *El Ángel de la muerte*.

Para esto tenía varias razones.

La primera, la de que no hubiese gustado en 1868.

La segunda, hacer padecer á los actores.

La tercera, demostrar que si en 1868 había hecho ver su falta de tacto para poner obras en escena, un siglo después continuaba siendo el mismo.

Si Gastambide fuese hombre político, no tendría precio.

La terquedad que hoy le hace perder algunos miles de duros, hubiese sido en tal caso una virtud.

Mi amigo N palideció ante una hieldad que, vestida de ondina, cruzó por delante de nosotros, y echó á correr tras ella.

Pero ¡oh desventural! ¡la que tan bella le había parecido era una *surripantal*!

Volví la vista y ví á una porción de desventurados que eran quemados vivos en una enorme caldera.

—¿Quiénes son esos? pregunté.

—Los que han matado el teatro español.

—Pero, ¿quiénes son?

—Los traductores.

—Aparté la vista con horror, y me encontré con los editores de novelas á *cuarto*.

—¿Por qué están esos aquí? dije al Cicerone.

—Por haber dicho que daban láminas *mejorables*, cuando las de sus publicaciones parecían alerías de Marés.

—Porque aún no se ha terminado el *año cristiano*.

—Porque el *Tribunal de la Sangre* ha salpicado de ídem á la humanidad doliente.

—Porque han profanado un género que venia siendo la distracción de unas familias y el sosten de otras.

—Porque ha hecho un *ágio* de lo que debía ser un *comercio*.

Porque ha dado muchos originales por obras traducidas, y muchas obras traducidas por originales de *primo cartel*.

—¿Y no podría evitarse este abuso?

—¡Ya lo creo! para ello no hay más que prohibir á los *editores*, porque de otro modo, cuando termine el *Quijote* nos darán el *Gil Blas*, y luego el *Lazarillo*, y tras del *Lazarillo* los *libros de caballerías*, y como apéndice de esta, la *táctica militar*, que al fin y al cabo *caballería* puede ser sinónimo de *táctica*, como editor para mí sinónimo de *AVARO*.

—¡Eso no es sinónimo!

—No es sinónimo, pero es verdad.

—¿A quién buscas? me dijo mi amigo.

—A uno que tenga *sentido común*....

—¡Entonces vuélvete al mundo!

—¡No lo encuentran!

—¡Pues vete al purgatorio!

—¿Está allí Larra? porque no lo he visto.

—¡No!....

En aquel momento oí tres recios golpes en la puerta de mi alcoba:

Había tenido un sueño.

El que llegaba á despertarme era un *enmascarado*.... era el Director de EL INCENSARIO.

Me levanté, le di el artículo que habeis leído, y lo mandé al *infierno*.

TEATROS.

Estamos en el teatro del Príncipe.

El Sr. Arjona, arrepentido quizá de la inanición de sus trabajos artísticos, se decidió por fin á estrenar una obra.

Pero como no era justo que un artista de tanto valer hiciera nada por el arte español, el primer estreno del Sr. Arjona debía ser una comedia traducida.

Y como los teatros andan buscando un éxito, de la misma manera que Diógenes buscaba un hombre, es lógico, á su entender, que lo encuentren en obras extranjeras que han obtenido fuera de España una entusiasta aprobación.

Esto implica la mayor ignorancia de la manera de ser de cada país; equivale á plantar palmeras entre los hielos del polo, fundados en que dan un fruto delicioso en las regiones ecuatoriales.

De esta manera se explica el éxito desgraciado que han obtenido en España la mayor parte de las obras del célebre Sardou.

Nuestra sociedad dista mucho de la francesa, y por consiguiente toda producción en que la sociedad francesa esté gráficamente dibujada, no puede arrastrar al público á pesar de las bellezas que contenga en sí.

Los *Solterones*, pues, han obtenido mal éxito, no porque sean una mala comedia, sino porque no tiene razón de ser en nuestra patria.

Recursos admirables que se emplean en ella, parecen, por las razones antedichas, violentos ó pueriles, y unido esto á la lamentable circunstancia de estar versificada la obra por el Sr. Escosura, cuyo talento es innegable, pero que no sabe hacer versos, produce al todo un conjunto frío, lánguido é insufrible.

Quisiéramos hacer un examen detenido de esta obra, porque es digno de notarse el conocimiento práctico de la escena que demuestra el autor francés; pero á qué tomarnos este trabajo si *Los Solterones* han muerto para el público español?

Otro género de consideraciones será tal vez más útil en este caso.

¿Es posible que las empresas no adquieran el convencimiento de que es preciso apartarse de las traducciones, y aún de las obras originales, cuyo argumento pálido y sin peripecias, ni ha podido hacer que el autor desarrolle las facultades de su genio, ni da lugar al actor á una interpretación lucida?

Harto sabemos que si el teatro arrastra esa existencia enfermiza, no es porque falte alguno que otro poeta de nimen enérgico y condiciones relevantes, sino porque la mayor parte de nuestros actores, faltos de verdadero genio artístico, no son capaces de interpretar más que obras raquíticas á la altura de sus facultades pigmeas. ¿Pero no hay en España quien pueda llenar este vacío?

No quiero citar nombres propios, no quiero hacer ver las mezquinas combinaciones que han entregado el teatro español, á quienes para todo tienen condiciones ménos para interpretar dignamente el verdadero arte dramático; no quiero significarme en los estrechos límites de esta Revista, lanzando un anatema contra las rivalidades asquerosas que alejan de la capital á tres ó cuatro actores que sienten arder en su cora-

zon la llama del genio; quizá muy pronto intentemos poner de relieve la verdad en el arte de la declamación, como hoy lo estamos intentando en el arte del poeta dramático, y quiera Dios que nuestros esfuerzos no sean inútiles y sirvan al ménos de puntal al ruinoso edificio del teatro español.

En el teatro de los *Bufos*, ó como ha dicho *La Iberia*, en el tablado de la sandez, se abortó la otra noche un juicio profético del Sr. Blasco, titulado *A la humanidad doliente*.

El Sr. Blasco ha comprendido los estragos que sus obras anteriores han producido en la salud literaria del público, y le administra ahora una especie de cataplasma.

Como *La Iberia* dice oportunamente, algunos aplaudidores de oficio pidieron el nombre del autor.

Mejor hubiera sido que pidiesen el nombre de la pieza, ya que este nombre es el epígrafe de todos los anuncios de los callistas.

La verdad es que la obra es un ojo de gallo.

Y un ojo de gallo que en vano ha querido salvarse con Mercurio.

En el primer cuadro hay una cencerrada con sartenes.

El Sr. Blasco trata como se merece al público de los *Bufos*.

Después sale el pueblo español buscando una peseta.

El Sr. Blasco, como parte del pueblo español, hace mucho tiempo que no busca en los teatros otra cosa.

Mas adelante expone Mercurio un panecillo ante dicho pueblo, que lo contempla con ansia y admiración.

Esto lo ha hecho para que no se diga que en su obra sólo hay alfalfa espiritual para los borregos de la alabarda.

Luego excita á todos los españoles á que trabajen.

Si cada uno de los españoles ha de hacer en su profesión lo que el Sr. Blasco en la suya, mejor es que se echen á dormir.

¿Cuándo querrá hacer este autor una obra que sea digna de elogio?

LA DALIA BLANCA.

(Continuación.)

III.

La edificación de la ermita de la Pobeda se pierde en la oscuridad del pasado.

Refiere una antiquísima tradición que la veneranda imagen se apareció en una parra; y deseando inquirir su origen, hemos logrado averiguar que perteneció á las Navas de Pinare, donde se veneraba en una ermita á orillas del rio Alverche.

Una gran avenida hizo desplomarse el edificio, socavando los cimientos: la impetuosa corriente arrastró la imagen, y las aguas en su descenso la dejaron en una parra.

Esta tradición verosímil explica la aparición.

El 8 de Setiembre todos los pueblos inmediatos se quedan desiertos por asistir á la romería de la Pobeda, que es para los naturales del país el Monserrat de Cataluña, transformadas sus caprichosas montañas en amena y deliciosa vega.

En esta peregrinación á caballo lucen su maestría en equitación, gritando al compás de sus veloces cabalgaduras: «¡A la Pobeda! ¡a la Pobeda! El que no corre, atrás se queda.»

La primera visita es para la Virgen, y luego se abandona el santuario para recorrer las márgenes del Alverche, que corre tranquilo á buscar su muerte en el caudaloso Tajo.

El altar mayor está aislado por un enverjado de gruesas barras, suficientes á contener á los saltadores que pueblan el bosque inmediato, é impedir que el rio en las grandes avenidas saque la imagen del retablo, pues le rinden las aguas un tributo de adoración abandonando su estrecho cauce para llegar á besar su peana.

El altar, sorprendente obra tallada que todos los inteligentes admiran, merece una descripción que no se atreve á hacer nuestra pluma.

En cuanto al exterior, las paredes ostentan con orgullo las señales donde han llegado las aguas, que teniendo cercado el edificio pugnan en vano por arrastrarle con sus cimientos, consiguiendo sólo asemejarle al arca de Noé flotando sobre las aguas.

Tal es la ermita de la Pobeda, reseñada á grandes rasgos.

Sus cuadrados sillares, sobre los cuales se ostenta un modesto campanario, resisten el empuje de la corriente, y desafían la implacable saña del tiempo que no ha podido sentar en ellos su destructora mano.

Una lozana arboleda prodiga su sombra, ocultando en su toldo de verdura al ruiseñor que saluda con sus trinos á la aurora cuando aparece en el horizonte.

Se halla con qué improvisar un banquete, y todo es ale-

gria y animación, bailes y diversiones, hasta que anuncia la cumpañia con su metálica voz la salida de la procesion para que todos contemplen la imágen á su placer.

A las diez de la mañana se veia entre los numerosos grupos, uno formado por los seis bandidos.

—¿Quién ha entrado en la ermita? preguntó Enrique.

Todos contestaron afirmativamente.

—¿Y os gusta la Virgen?

—Sí, mi capitán, contestó Ricardo, joven de diez y ocho años y fisonomía franca. A propósito: ¿no podríamos hacer un buen negocio, apoderándonos de las numerosas joyas que le sirven de adorno?

—Imposible: ¿no sabes que terminada la procesion colocan la imágen tras la verja de hierro?

—No señor: el año pasado la dejaron hasta el otro día en la carroza y fuera de la reja.

—No puede ser: mi objeto principal es Dalia, y no debo pensar en más.

—Habeis dicho mi objeto, capitán, y yo creo es uno mismo el de todos.

—Por lo mismo cuento con vuestra lealtad y consentimiento. Ved: la joven que da el brazo al coronel, es el blanco á que se han de dirigir nuestros tiros. No conviene que nos vean juntos: á las doce aquí reunidos, y en tanto sed mi sombra, esto es, no me perdais de vista.

Entre la multitud que afluyó á la arboleda llamaba la atención D. Juan Mendoza, coronel retirado, que vestido de riguroso uniforme, daba el brazo á su hija, blanca, gentil y hermosa como la dalia que se inclinaba sobre su sien.

Cuatro jóvenes los acompañaban.

No habiéndose concluido la misa mayor, continuaron su paseo.

Dalia caminaba disgustada.

La compañía le servía de eslorbo, á pesar de hacerle una corte de reina.

Su mirada inquieta se dirigía á todos lados sin fijarse en ninguno.

De repente se estremeció; sus mejillas tomaron el color de la púrpura, teniendo que morderse los labios para no pronunciar una exclamación.

—¡Padre mío! dijo sin poder contenerse: ved á Enrique Salazar que ha querido sorprendernos con su presencia.

—En efecto: hace días le invité, y me contestó que un deber imperioso le impedía aceptar.

En esto Enrique Salazar, que no es otro que el protagonista de los sucesos que vamos á referir, se acercó haciendo un saludo respetuoso.

(Se continuará.)

EL GANCHO.

El epígrafe con que encabezamos el presente artículo no puede ser más popular.

La palabra gancho se pierde en la noche de los tiempos etimológicos.

No sabemos su origen; ignoramos de dónde viene, pero sabemos á dónde va.

Ante la irresistible lógica de los hechos no pueden menos de enmudecer las palabras.

El que calla otorga.

El silencio es muy elocuente.

Hé aquí dos frases que debieran tomarse como símbolo de la metafísica.

En mi leal saber y entender, el que calla ni afirma ni niega; consecuencia, no dice nada.

La elocuencia del silencio, colocada en la prensa de la razón, lo más que puede dar son algunos puntos suspensivos.

Insensiblemente nos hemos alejado de nuestro punto de partida.

Nuestro punto de partida es *El Gancho*; y ahora que hablamos de ganchos y de partidas recordamos que todas las partidas tienen sus ganchos.

¿Qué es una partida?

Si lo sabes, lector, es inútil que te lo diga; puedes juzgar por las impresiones de tu bolsillo.

Si lo ignoras, no seré yo quien te despierte del sueño de la inocencia.

La palabra partida, es sinónimo de *cuadrilla*; la palabra cuadrilla es sinónimo de *compañía*; la palabra compañía es sinónimo de *sociedad*, y la sociedad cuando se presenta en compañía, cuadrilla ó partida es preciso recibirla con una batería de cañones Blakely.

La partida tiene por objeto sacar los céntimos al prójimo con un inocente pego.

La partida es el centro fijo que la vagancia tiene en su sistema planetario, y los ganchos sus satélites.

Dios nos libre de horas menguadas.

El gancho de partida recorre los cafés en busca de incautos, sueña ganancias, pinta el oro y el moro, convence con la irresistible lógica del interés, arrastra con el poder de una locomotora, coloca al borde del precipicio, el *imantado* tapete verde, se lleva una tras otra las más caras ilusiones en pos de una codiciada *rebancha*, y cuando *todo* se ha perdido, coloca el caritativo gancho en la mano de su víctima el revolver del suicida.

Estamos hablando de gancho, y como las palabras se enganchan como las cerezas, no podemos menos de hacer notar que la palabra gancho no se conoce en todas las acepciones con que se usa.

¿Qué son esas caras bonitas, que vemos á todas horas y que se cotizan como el papel moneda, más que un gancho?

El dote de la niña fea, los millones de la vieja verde, ¿no son un gancho?

Si se las estudia en sus más mínimos detalles, todos conducen á un fin: echar *el gancho del traperero*.

El gancho del traperero es un poema curvo terminado en punta.

El gancho del traperero, con la magia de Víctor Hugo, recogiendo del lodazal de nuestras miserias, lo mismo los harapos del mendigo que la púrpura del poderoso, podría formar una pirámide colosal con las instabilidades humanas.

Es indudable que si el gancho pudiera dar unas cuantas vueltas á manera de *sacatrapos* en el fondo de algunas conciencias, se podría decir con el refrán: «Al primer tapon zurrapas.»

¿Y qué diremos de los ganchos que emplean su actividad reclutando gentes para nuestras provincias ultramarinas?

No es mucho lo que se puede decir contra la explotación. Hacen soñar una mina, y verdaderamente la mina es soñada.

En medio del sueño hay algo de realidad, pero es una realidad triste.

Y esta es el filon que el gancho explota, el tanto que recibe por cada infeliz que logra empaquetar con rumbo á los mares trasatlánticos.

¿Qué importan los rigores del clima, qué importa que tengan por alimento una escudilla de *yuca* y *moniato* si pueden vengar la decepcion esgrimiendo el látigo de mayoral de negros.

El mundo es una casa de fieras: en ella alternan desde el mono hasta el rinoceronte de narices atabicadas.

Pero doblemos la hoja.

Repasemos nuestra memoria á ver si se queda oculto algun gancho en los rincones del Diccionario.

En esta mirada retrospectiva nos hemos encontrado con el cabo *Labia* que presta grandes servicios presentando al año trescientos sesenta y cinco quintos en caja, suponiendo que el año no sea bisiesto, que si por fortuna suya lo es, la sociedad cuenta con un tonto ó un vago menos y el cabo *Labia* con un duro más.

Los quintos (que muchos podrían pasar por sextos), mal avenidos con su suerte, de costumbres poco arregladas, se encuentran con la horma de su zapato, representada en el cabo *Labia*, que con palabras de miel y vara de fresno se encarga de hacerlos entrar en caja.

El cabo *Labia* no tiene más instrucción que su apodo.

Prueba al canto. No há mucho se comió una semana las *sobras* de la compañía.

El capitán quiso ajustarle una cuenta por partida doble.

Las declaraciones que citaba en apoyo de su inocencia eran contradictorias.

Hubo el capitán de decir «vaya V. atando cabos,» y el cabo *Labia* contestó con la mayor prontitud:

—Eso no reza conmigo, mi capitán; que yo soy cabo interino.

Esta anécdota se publicó en los periódicos.

Ya que hablamos de periódicos, no pasaremos por alto que estos nunca bien ponderados señores son el gancho elevado á la quinta potencia.

Cada periódico es un gancho que vale por ciento.

Es el gancho político que trabaja incesantemente por enganchar prosélitos.

Con el periódico, suscripciones.

Con las ideas, destinos.

Con el Santo del día, devotos.

Con la revista de teatros, butaca.

Con las gacetillas, primos.

Con los anuncios, inocentes.

Con los partes de bolsa, ambiciosos.

Con los bombos de reuniones, una cena.

Con la *tigera*, original.

Y no queremos seguir por no encontrarnos con el *infinito*.

De intento hemos dejado para el último al gancho poeta.

Este gancho da quince y falta á todos los ganchos habidos y por haber.

Su gancho es tan sutil que pesca hasta las ideas.

Si fuera posible hacerle confesar sus *aprehensiones*, obtendríamos un gran resultado.

Sabríamos de quién eran ciertas obras.

Podríamos clasificarlas.

Las obras son hijas del arte.

Los hijos en derecho civil tienen diversas categorías y denominaciones.

Los hijos son legítimos, naturales y adoptivos, etc.

Las obras *legítimas* van desapareciendo en la literatura moderna: sólo nos quedan obras bastardas y adoptivas.

Pero las obras del gancho se colocarían en la poca usada categoría de *manceres*.

Este ave de rapiña hace á pluma y á pelo.

Lo mismo recoge pensamientos que palabras.

Ideas de este, situaciones de aquel, versos del otro; se zurce sin que se conozca y *tableau*.

Este artículo se va haciendo tan pesado como largo, y aún no hemos dicho nada del gancho grande, al gancho donde algunos autores cuelgan el sentido comun.

INCENSARIAZOS.

Leemos en *El Cascabel*.

«Con sorpresa hemos sabido que no se representará, por ahora, el drama de los Sres. Valcárcel y Bedmar, ya conocido en algunos círculos literarios. No comprendemos cómo, siendo tan escaso el número de obras nuevas en nuestros teatros, las empresas desdeñan una obra que, sobre ser original, merece por sus levantados pensamientos y sus magníficos versos, ser conocida del público. Este drama, que ha sido leído ante personas competentes, ha sorprendido agradabilísimamente á cuantas le han oído, y ninguna, al oírlo, podría figurarse que las empresas dejarían de hacer una obra de tal importancia, bajo el fútil pretexto de que tienen miedo al género á que pertenece. ¡Miedo! y no lo tienen á las traducciones y á las bufonadas con que regalan al público frecuentemente.»

Ya lo hemos dicho: exceptuando cuatro ó cinco autores privilegiados, de quienes las empresas reciben con profunda veneración lo mismo lo mediano que lo malo, los demás autores van á tener que hacer un teatrillo por su cuenta cada vez que quieran representar una obra suya.»

Aunque este suelto de nuestro ilustrado colega no necesita comentarios, vamos á añadir algunos, porque nada más justo que defender á la juventud que, lejos de bajas intrigas y repugnantes concesiones, pisa llena de fé la espinosa senda del arte.

Nosotros no conocemos la obra de los Sres. Valcárcel y Bedmar, pero los antecedentes literarios de ambos, y particularmente los que el primero sentó en su inspirado drama *Doña Leonor Pimentel*, hacen creer que la antedicha obra sea por todos conceptos digna de exponerse al juicio del público.

Además hay otro dato.

Siempre que los empresarios acogen con frialdad una obra, es señal infalible de que es una obra de primer orden.

Esta monstruosidad viene repitiéndose con esa insistencia, rasgo distintivo de la malevolencia ó la estupidez.

Y en medio de todo que el Sr. Gaztambide, que como músico empezó por el violín, y como empresario acaba por el violon, desconozca las condiciones literarias y escénicas de una obra, no tiene nada de particular, y harto lo llora su bolsillo; pero que el Sr. Catalina con sus cursos de abogado, sus puntos de arreglador, y su obligación de proteger el arte dramático, para lo cual se le ha concedido de balde el teatro del Príncipe, permita que se ejecuten en él obras como *Lo que está de Dios* y *Los Solterones*, y rechace obras con las condiciones, que segun parece adornan á la de los señores Valcárcel y Bedmar, no tiene disculpa de ningún género.

¿Será imposible poner remedio á este desbarajuste?

Ha salido á luz un nuevo periódico literario, titulado *El Miércoles de Ceniza*.

Nos parece que este periodiquito ha de poner la ceniza en la frente á más de cuatro notabilidades de pastaflores.

Dicen que se marcha Arjona,
no importa cosa maldita,
que para matar al arte
se quedan los Catalinas.

Ha sido detenido un hombre por hurtar un barril de
aceitunas.

Si el barril hubiera contenido redondillas, ya figuraría
este caballero junto alguno de nuestros *escribidores* drama-
ticos.

—Pero hombre, ¿por qué escribes tus obras tan mal?

—Porque no me las harían si las escribiera bien.

(Histórico.)

Seis géneos hay un España

que llaman á Dios de tú,

Blasco, Zumel, Pastorido,

Camprodón, Larra y Boldun.

Constante en su propósito la reunión literaria de que ha-
blamos en el número anterior, nos ha remitido, con pies for-
zados, el siguiente

SONETO.

Llegó á la corte un vate catalán,
que comió de la torta de Belén,
le dieron por un drama el parabién,
y al idioma salió un esparaban.

A Apolo disfrazó con un *dorman*,
promovió en el Parnaso un somaten,
empuñó por el mango la sartén,
y las musas bailaron el cancan.

Se amparó de un maestro zarramplín
que tocaba en la orquesta el violon,
y el teatro y la lengua dieron fin.

El es de obras francesas comadron,
y *armando dos ó tres con un clarín*,
le dicen cuando calla... ¿Calderón!

El Sr. Silió ha publicado sus poesías en un elegante to-
mito.

No necesitamos encarecer su mérito, conocido ya en el
mundo literario, por lo *re-citadas* que han sido en todas las
tertulias de confianza.

¿Venderá tantos ejemplares como de su poema Santa Te-
resa?

OVILLEJOS.

¿Quién es real original?

Monreal.

¿Quién de Larra es copia fiel?

Zumel.

¿Quién por lo insulso encocora?

Zamora.

Talia apenada llora

por las comedias realistas

de estos tres *memorialistas*,

Monreal, Zumel y Zamora.

¿Quién tira al arte cohetes?

Retes.

¿Quién cuando escribe desbarra?

Larra.

¿Quién la chabeta ha perdido?

Pastorido.

De los tres que he referido,

aunque es Retes el mejor,

resultan á cual peor *gigantes*.

Retes, Larra y Pastorido.

Los personajes de *El Quijote* han caído bajo la pluma
de Gutierrez de Alva. ¿Si hará de Cervantes un Diego Cor-
riente?

En tu puerta puse un pino
y en tu ventana un clavel:

en manos de Catalina,
nada se puede poner.

Se está ensayando en los bufos otra obra del Sr. Larra.
Esta obra se titula las *Fábulas de Samaniego*.
Entre estas fábulas está la del *Asno cargado de reliquias*.

Anoche soñaba yo,
que dos negros me mataban,
y eran los dos Catalinas
que estaban haciendo un drama.

El Sr. Aguilar y Correa (D. Antonio) ha ingresado en
la Academia de Ciencias Morales y Políticas.

No conocemos mas títulos de este señor, que el de Mar-
qués de la Vega de Armijo y el de Conde de la Bobadilla.

Si la mar fuera de tinta

y los cielos de papel

no podrían dar abasto

á Larra, Blasco y Zumel.

Dicese que el Sr. Delgado va á venir al teatro de Varie-
dades á poner en escena, la tragedia *Otelo*, del Sr. Retes.
¿Si esto sucede, tendrá el abono de la compañía francesa?

No iré más al Recreo

á recrearme;

pues si otra vez se hunde

puede aplastarme.

¡Vaya un recreo,

el morir entre piedra,

ladrillo y yeso!

«Hoy no se exige, dice el Conde de la Bobadilla, de los
jefes de un establecimiento penal mas que moralidad y ca-
rácter.»

De letra?

El Recreo intelectual, suponiendo que el Sr. Rada y Del-
gado va á publicar un tomo de poesías, ataca á dicho señor
antes de haberlas leído.

Si esto no basta para definir el criterio de tal periódico,
dirémos que más adelante llama al teatro café del Recreo
precioso templo del arte.

El Recreo, periódico, corre parejas con el café del Recreo.

El Joven Telémaco dice ¡oh dolor! que no son elegantes
los redactores de EL INCENSARIO.

Lo mejor de esto es que ni nosotros conocemos á los
dandys del periódico *bufonesco*, ni estos señores nos han
visto en su vida.

Los *Solterones* parece que piensan contraer matrimonio
en vista de lo mal recibidos que han sido del público.

Dicese tambien, que los apadrinará D. Manuel Catalina.

La Gran Duquesa se ha disfrazado de Granadero.
A la representación de esta obra se debe asistir armado.

En Jovellanos se zurce á toda prisa *La Galatea*.

Galatea desdeñosa,

Si Camprodón te acompaña

Y Gaztambide te acosa,

Te van á hacer la forzosa

Los zarzueleros de España.

La empresa de Jovellanos puso en escena el miércoles
último *El Secreto de una dama*.

El público fue tan poco curioso, que se abstuvo de asistir
á la representación por no penetrar en *secretos* ajenos.

EL INCENSARIO da las gracias á *Las Novedades*, *La Re-
forma*, *La Política* y todos los demás colegas que han reci-
bido con aplauso los números hasta hoy publicados.

Desea hallar ocasion de poderles demostrar su agrade-
cimiento.

Algunos colegas de provincias insertan en sus gaceticillas
varios de nuestros *incensarios*, sin decir de dónde los to-
man. Esperamos que otra vez, ya que los insertan, no se los
apropien.

Celebrando *La Iberia* el baile dado en la Estrella Madri-
deña, dice que contribuyó á que se pasara la noche agrada-
blemente el que asistieran muchas y bonitas pollas.

Este bombo demuestra que el gaceticillero asistirá al baile
con la suya.

Parece que el empresario monstruo, Sr. Gaztambide, ten
su deseo de proteger el arte dramático, va á quedarse con la
plaza de Toros, el Circo del Principe, los caballos del Tio
Vivo y la empresa de los carros de mudanza.

Esto último está hecho por saber que el arte está liando
la maleta para el otro barrio.

Se nos olvidaba tambien va á tomar el refidero de
gallos.

En esta última empresa le ayuylarán los señores Luque
y Egulaz.

Si me quieres te quiero,

si me amas te amo,

mas si escribes comedias

no te las hago.

Anoche se estrenó en el teatro de Jovellanos la pieza en
un acto, del conocido y apreciable periodista D. Antonio Ra-
míro, titulada: *Un primo.... primo*. El poco espacio de que
podemos disponer nos impide dar detalles de esta linda pieza,
dejándolo para la revista del número próximo.

Solucion á la charada inserta en el número anterior.

ECONOMÍA.

CHARADA.

De una primera y tercera

libreme Jesús, amen!

aunque no muera y me hagan

segunda y cuarta después.

No sería yo mal todo

si me llegara á exponer

á que una primera y terciá

me tocara alguna vez.

Por todo lo no firmado,

El Secretario de la Redaccion, EMILIO VICENTE.

Editor responsable: D. RAMON VICENTE.

ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO DE R. VICENTE, CLAVEL, 4.